

La mochila roja

Esa tarde Nico encontró en la plaza la mochila de Sebastián. Estaba cerca del banco en el que solían cambiar figuritas y hablar del último gol de Messi. Nico no dudó, envolvió la mochila en su campera y corrió a casa de su abuelo, ex investigador de la Federal, con el que pasaba bastante tiempo, mientras sus padres estaban en el trabajo.

El abuelo escuchó atentamente y decidió ir a la casa de los padres de Sebi. Los encontraron atrapados en una niebla oscura, y contaron lo poco que sabían. Esa mañana, su hijo no había llegado a la escuela.

Don Pedro pidió quedarse con la mochila, tal vez encontrara algún indicio. Mientras conversaban, sus ojos inspeccionaban la habitación. Todo parecía estar en orden. Sin embargo sobre la mesa ratona vio una agenda de la que asomaban varios de folletos que llamaron su atención. Cuando Elsa y Jorge fueron a preparar café, los miró rápidamente y después guardó dos o tres en el bolsillo de la campera. De regreso a su casa, fue hasta el garaje en busca de algunos elementos útiles para la investigación. Luego puso manos a la obra. Miró la mochila con lupa y sacó con una pincita algunos granos de tierra seca, adheridos a la tela, los guardó en una bolsa y llamó a Roberto, ingeniero especialista en suelos. Su nieto lo miraba hacer. El abuelo era su ídolo y él también quería ser detective.

-Se fue como todos los días, preocupado por la prueba de Sociales- relató la madre de Sebi, al hacer la denuncia en la comisaría del barrio, mientras se apretaba las manos. Jorge estaba blanco. Ni una palabra. Había espanto en sus ojos.

Don Pedro comentó a Roberto lo sucedido y entre ambos planearon varias acciones. Nico quedó en la casa, el abuelo llamó a Matilde, su vecina, y le pidió que mirara por un rato a su nieto. Más tarde fue hasta la plaza y observó el lugar donde había aparecido la mochila. Junto al banco que estaba en la vereda había huellas de neumáticos y sacó varias fotos con el celular. Luego regresó al edificio donde vivían los Rodríguez y encontró en la puerta al encargado. Con su mejor sonrisa comenzó a charlar, hasta que abordó el tema de Sebi. El portero estaba consternado. A la charla se sumó un vecino muy conversador, que se presentó como amigo de los Rodríguez y comentó que lo conocía a Jorge de la época en que tenía su local en Flores, muy cercano al del papá de Sebi y se habían hecho amigos, él les había pasado el dato del departamento en que vivían. El abuelo continuó indagando hasta reunir más información. De regreso a casa, compró el diario y se detuvo en el rubro "Préstamos". Después de leer detenidamente, volvió a mirar los folletos y anotó varias direcciones. Eligió una, próxima al negocio de Jorge. Mientras Matilde preparaba la merienda a Nico, el abuelo dijo que lo esperaran, que ya volvía. Llegó a Flores. Caminó con aire distraído, hasta Rivera Indarte y Directorio. Entró al bar de la esquina, pidió un cortado y constató las direcciones anotadas. A pocos metros vio una casa de paredes amarillas, similar a la que figuraba en el frente de uno de los folletos, y se dedicó a observarla. Al cabo de un rato una camioneta gris salpicada de barro se detuvo frente a la casa. Bajaron dos hombres, uno barrigón y el otro pelado, con anteojos negros. Alguien les abrió.

Don Pedro Peralta recordó la mochila con barro y caminó hacia la camioneta. Pañuelo en mano, simuló un tropezón y se aferró al guardabarros, luego se alejó despacio.

La noche anterior a la desaparición de Sebi, Jorge Rodríguez no había podido dormir y al leer un mensaje de texto se desesperó aún más.

El martes, cuando su mujer lo llamó para decirle que el chico no había vuelto del colegio sintió pánico y al confirmarse que tampoco había asistido a clase, una garra le apretó el pecho.

Después de la denuncia, la policía recorrió la zona, preguntó a vecinos, comercios, al portero de la escuela, a la directora, a la maestra, a los compañeros. Nadie sabía nada. Se lo había tragado la tierra.

El miércoles por la noche un llamado quebró la espera:” Se nos terminó la paciencia, juntá los cincuenta mil dólares que nos debés, ponelos en una bolsa de supermercado, tomá el tren de las ocho de la noche, que va a Polvorines y al llegar a la estación abandonada, tirá la bolsa. No te hagás el loco. Pensá en el pibe”.

Cómo llegar a esa cantidad. Jorge sintió que no tenía salida. Juntó coraje y habló con Elsa, que escuchó aterrada. Pidieron a parientes, amigos, reunieron todo lo de valor. Pero no llegaban. A las dos de la mañana, otro llamado les cortó el aire.

-Falta poco - dijo la voz de metal crujiente.

Rodríguez pidió otro día. La voz cargada de veneno amenazó y reiteró la suma.

Nico, sin consultar, rehizo el camino de Sebi. Entró en los negocios y preguntó si en la mañana del martes, habían visto algo raro. Los comerciantes ni siquiera le respondieron. Ya habían hablado con la policía. Pero, Carla, la vendedora de plantas de la esquina, muy nerviosa, le contó con su tonada caribeña que esa mañana, una camioneta gris con dos hombres había pasado varias veces por allí y al ver a un chico flaquito, de pelo negro con mochila roja, enfilaron hacia él. Uno de los hombres lo llamó. Cuando el chico se detuvo, lo agarró por el brazo, lo metió en la parte trasera del coche y entraron a la plaza. Carla aclaró que no había hablado con la policía porque todavía no tenía su documento, agregó que la patente de la camioneta terminaba en treinta y seis.

Al atardecer, don Peralta habló con Roberto que guardó el pañuelo en otra bolsa. El viernes tendrían los resultados. Nico, al escucharlos, contó lo que había averiguado. No dijeron nada, solo cruzaron miradas.

La camioneta gris podría ser la misma de la plaza.

El abuelo decidió esperar hasta la mañana para volver a Flores. Tal vez consiguiera más datos.

Bien temprano, Roberto trajo el resultado del análisis de la tierra.

- Tierra de río- dijo-. De la zona de Tigre.

A las nueve, don Pedro sacó el Fiat 128, intercambió unas palabras con Roberto y entró al auto. Al llegar estacionó sobre Directorio, caminó una cuadra y fue al mismo bar. Desde su lugar observaba todos los movimientos.

Pidió un cortado, sacó el diario y volvió a mirar los avisos. El rubro “Préstamos” ocupaba cuatro columnas. En la segunda vio:

SU SOLUCIÓN EN FLORES.

PRÉSTAMOS INMEDIATOS. ¡NO DUDE MÁS!

La dirección: Directorio 43.

Todo encajaba. El papá de Sebi, las deudas. Los prestamistas.

Pagó, tranquilamente cruzó la calle y llamó.

-Vengo por el aviso del diario- dijo.

Cuando le abrieron, subió por la escalera. Se encontró con una puerta: OFICINA. Un hombre pelado salió.

El lugar era simple: sillas, escritorios, puertas, computadora, armarios y teléfono. En el otro cuarto, dos hombres hablaban.

-Bueno, usted dirá- dijo el pelado.

Don Pedro contó que había perdido sus ahorros en una inversión y debía plata a parientes y amigos. Quería sacar un préstamo. Mientras el hombre explicaba, las voces se hicieron más fuertes. Alguien dijo: “¡Tiene que garpar, sí o sí!, si no ¿qué hacemos?”

El pelado golpeó la puerta y rápidamente le extendió un folletito.

En la calle, el abuelo vio estacionada la camioneta gris. La patente terminaba en treinta y seis.

Al llegar, le contó a Roberto y decidieron aguardar cerca de la casa amarilla. Nico leía. El abuelo le revolvió el pelo.

-Vos, Nico, te vas a tu casa. Ya hiciste bastante- dijo don Pedro.

No hubo ni miradas ni súplicas. Había que irse nomás. Cuando Roberto propuso ir en el Fiat, saludó con cara triste y se fue... hasta el garage. Se metió en la parte trasera del auto, se acurrucó en el piso y esperó. Sus padres no se inquietarían, pasaba mucho tiempo con el abuelo.

Llegaron a Flores y en la calle lateral esperaron.

De repente, de la casa salieron tres hombres y subieron a la camioneta. Solo seguirlos. Nico ni respiraba. Al cabo de un viaje interminable, pararon en una calle oscura. Muchos árboles. Las ramas barrían el suelo. A poca distancia, un galpón abandonado. Los hombres entraron con linternas, una caja de pizza y una gaseosa. Roberto y el abuelo bajaron. Nico esperó que se alejaran, abrió la puerta y salió. Los árboles lo protegían. Dio la vuelta, se acercó al depósito y vio varias lanchas amontonadas. En uno de los costados, había unos tanques viejos. Trepó y espió por el ventiluz. Se sintió mareado al ver a Sebi atado a una silla. El pelado, que lo vigilaba, le acercó un pedazo de pizza y le aflojó las ataduras.

Nico calculó el tamaño, sí, podía pasar fácilmente. Debía esperar que los hombres se fueran y que el pelado se distrajese.

Volvió a su escondite en los árboles y justo delante de él, el abuelo y Roberto. A la media hora, la camioneta gris arrancó. Nico ni lo pensó. Corrió hacia el galpón, se subió a los tanques, forzó el ventiluz, vio que el custodio no estaba y se dejó caer sobre unos cajones. Esperó unos minutos y al ver que nadie venía, se acercó con un chistido suave para que Sebi no gritara.

Lo estaba desatando, cuando una luz los enfocó. El abuelo y Roberto miraron sorprendidos. En ese momento, apareció el pelado. Don Pedro lo tiró de un puñetazo de policía y Roberto, sogá en mano, lo ató como un matambre.

Al rato, la sirena policial alegró la noche y todos partieron.

De regreso, Sebi contó su pesadilla.

Cuando sus padres lo vieron, no lo podían creer. Los besos no alcanzaban. Lo que realataron a la policía fue decisivo. Los cargos: secuestro y extorsión con amenaza de muerte.

Antes de dejarlo en su casa, el abuelo abrazó a su nieto, lo apretó muy fuerte. Sólo dijo: “¡Menos mal que todo terminó! Esta vez te pasaste y mucho”.